

PROFESOR DE RELIGIÓN, MEDIADOR DE UNA PERSONA NUEVA PARA UN MUNDO NUEVO

Discurso de Monseñor Ricardo Ezzati Andrello, sdb, Obispo Auxiliar de Santiago, en la Ceremonia de Titulación en Pedagogía en Religión Católica y Moral de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, el 27 de Abril de 2002.

Señor Rector , Autoridades Académicas de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación,
Apreciados alumnas y alumnos que egresan,
Señoras y Señores.

Junto con agradecer la amable invitación que me hicieron de acompañarles en este día tan significativo para la Universidad y, en particular, para quienes reciben un título académico, me es grato presentarles mi saludo y las felicitaciones más cordiales por la meta alcanzada, fruto sin duda de un trabajo tesonero marcado por el compromiso, el sacrificio y la esperanza.

Los acompaño en mi calidad de Obispo de la Iglesia Católica y Presidente del Area de Educación de la Conferencia Episcopal de Chile.

La ocasión de este encuentro me permite ofrecerles algunas consideraciones que, espero, puedan ser un estímulo esperanzador para su misión de educadores de jóvenes y, en especial, de mediadores para ellos del

Mensaje de Vida que brota de la Persona y del Mensaje de Jesucristo, como profesores de Religión.

1 Entre "magnificencia y dramaticidad"

El Papa Paulo VI (+ 1978) ha definido nuestra época como "Un tiempo, una tierra dramática y magnífica". Magnífica por las metas extraordinarias alcanzadas en todos los campos y dramática por las contradicciones, las injusticias y las atrocidades que lleva consigo.

Es para nuestro hoy, la reflexión del Concilio Vaticano II:

«Nos hallamos en un periodo nuevo de la historia caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero. Los provoca el hombre con su inteligencia y su dinamismo creador, pero recaen luego sobre el hombre, sobre sus juicios y deseos individuales y colectivos, sobre sus modos de pensar y sobre su comportamiento para las realidades y los hombres con quienes convive... Como ocurre en toda crisis de crecimiento, esta transformación trae consigo no leves dificultades.

Así, mientras el hombre amplía extraordinariamente su poder, no siempre consigue someterlo a su servicio. Quiere conocer con profundidad su intimidad espiritual, y con frecuencia se siente más incierto que nunca de sí mismo. Descubre paulatinamente las leyes de la vida social, y duda sobre la orientación que a ésta se debe dar. Jamás el género humano tuvo a su disposición tantas riquezas, tantas posibilidades, tanto poder económico. Y, sin embargo, una gran parte de la humanidad sufre hambre y miseria... Nunca ha tenido el hombre un sentido tan agudo de su libertad, y entretanto surgen nuevas formas de esclavitud social y psicológica. Mientras el mundo siente con tanta viveza su propia unidad y la mutua interdependencia en ineludible solidaridad, se ve, sin embargo, gravísimamente dividido por la presencia de fuerzas contrapuestas. Persisten, en efecto, todavía agudas tensiones políticas, sociales, económicas, raciales e ideológicas, y ni siquiera falta el peligro de una guerra que amenaza con destruirlo todo" (GS,4).

Este lúcido examen del Vaticano Segundo sobre las tendencias contemporáneas, refleja con impresionante exactitud el escenario de nuestros días.

Las diversas crisis de nuestra convivencia nacional, ¿no se debaten, acaso entre las cosas magníficas de las que somos capaces y el dramatismo de nuestras falencias? Vivimos en democracia y, sin embargo, nos aflige la incapacidad de superar las heridas del pasado; nos decimos pluralistas pero,

muchas veces, nuestro lenguaje se vuelve intolerable y descalificador; crecemos económicamente y, al mismo tiempo, una persistente pobreza amenaza una parte importante de nuestra población; construimos rascacielos y lujosos barrios residenciales, mientras a muchos les falta una vivienda digna y mínimamente acogedora. Crecemos y competimos en los mercados mundiales, pero la cesantía aplasta con su peso de desesperación y amargura a tantos conciudadanos. Hemos alcanzado metas sociales relevantes, pero, al mismo tiempo, la violencia, la droga, el alcoholismo no dejan de presentarse como alternativas que logran fascinar a algunos. Decimos creer en el amor y en la familia, decimos creer en la tolerancia y en el respeto, decimos creer en el derecho a la vida, y sin embargo la crisis de valores éticos que atraviesa la sociedad chilena nos dice cuánto camino queda por recorrer y cuántas incongruencias nos envuelven!

"Magnificencia" y "dramaticidad". ¿Cómo encontrar el camino adecuado para que la Magnificencia pueda ser disfrutada por la persona y la sociedad humana y cómo no sucumbir a la fatalidad, desterrando la triste posibilidad de la dramaticidad?

2. El rol insustituible de la educación.

La tarea es enorme y es de todos. Nadie puede marginarse. Cada ciudadano con sus potencialidades intelectuales, sociales y morales, está llamado a acrecentar la posibilidad de "magnificencia" para sí y los hermanos y a trabajar para derrotar, lo más definitivamente posible, la "dramaticidad" que, en diversas formas, amenaza la vocación a la felicidad inscrita en el corazón de cada persona.

"Ecclesia in America", documento del Papa Juan Pablo II, en que se recogen las conclusiones de la Asamblea Especial del Sínodo de Obispos del Continente americano, denuncia enfáticamente "la gravedad de los pecados sociales que claman al cielo, porque generan violencia, rompen la paz y la armonía entre las comunidades de una misma nación, entre las naciones y entre las diversas partes del Continente." Y "entre estos pecados - recuerda el Santo Padre- se deben recordar el comercio de drogas, el lavado de ganancias ilícitas, la corrupción en cualquier ambiente, el terror de la violencia, el armamentismo, la discriminación racial, las desigualdades entre los grupos sociales y la irrazonable destrucción de la naturaleza."(cfr. EA n. 56)

Lastimosamente la "dramaticidad" se agrava por la libre voluntad del ser humano que, a veces, como recordaba Chesterton, se parece al viajero que ha olvidado el nombre de la meta a la cual se dirigía. Lo recuerda el

mismo Juan Pablo II en su primera Carta Encíclica: "el hombre actual – dice - parece estar siempre amenazado por lo que produce, es decir, por el resultado del trabajo de sus manos y más aún por el trabajo de su entendimiento y de las tendencias de su voluntad.... El hombre, por tanto vive cada vez más en el miedo. Teme que sus productos... puedan ser dirigidos de manera radical contra sí mismo."(RH. n. 15)

Esta dramaticidad, según el Papa, tiene sus raíces: "Estos pecados manifiestan una profunda crisis debido a la pérdida del sentido de Dios y a la ausencia de los principios morales que deben regir la vida de todo hombre" (EA. 56).

Aquí, queridos amigos, radica la vocación y la misión del educador y su aporte a la construcción de la ciudadanía. Aquí se ubica, de manera especial, la vocación y la misión de un educador de la fe. La educación, en efecto, es la clave para que la persona se descubra, se vincule positivamente, crezca, se realice y sea feliz. No basta entregar un cúmulo de conocimientos que rindan al alumno una persona competitiva en el mercado; no basta ofrecerle todas las posibilidades de la tecnología para llenarse de conocimientos. El joven necesita, sobre todo de sentido y de significado. Es necesario volver a centrar la atención sobre la persona, buscar formar a la persona entera, su inteligencia, su corazón, su carácter, y esto supone saber transmitir aquellos valores espirituales que dan espesor y densidad a la vida. Una educación preocupada sólo de hacer profesionales, termina haciendo máquinas y no personas, termina despersonalizando y reduciendo al hombre y a la mujer en simples medios y, si la educación no sirve para hacer crecer como personas, no sirve para nada.

Ustedes son educadores: no caigan en la trampa de ser y de actuar como simples transmisores de conocimientos. Sean educadores de verdad: acompañen a sus alumnos hacia la plena madurez de la libertad, hacia la rectitud de la conciencia, la capacidad de amar y de ser amados, hacia los amplios horizontes de la solidaridad y la comunión.

2. Mediadores de la experiencia de fe.

Apreciados amigos, por el ejercicio de la profesión que hoy reciben como profesores de Religión están llamados a ser educadores de la fe y mediadores de una experiencia del todo singular, destinada a marcar profundamente la vida y las opciones de una persona. Serán mediadores de un encuentro que, si es auténtico, cambia los horizontes y los ideales. Esto será posible sólo si su profesión está sellada por el carácter de testigos y apóstoles.

Los niños y jóvenes, abierta o inconscientemente, con su pregunta sincera o con su cuestionamiento, les pedirán que les muestren a Jesús... "Queremos ver a Jesús"(Jn 12,21). Esta petición hecha al apóstol Felipe por algunos griegos que habían acudido a Jerusalén para la peregrinación pascual, resonará también, muchas veces, a sus oídos de educadores. Y como aquellos peregrinos de hace dos mil años, les pedirán no sólo hablar de Jesús, sino en cierto modo "hacérselo ver". Es aquí donde se juega la credibilidad del servicio educativo que van a prestar como profesores de Religión. Por eso, la pregunta de Jesús a sus discípulos "y vosotros ¿quién decís que soy yo?", adquiere para Uds. toda su trascendencia y actualidad, ya que de la respuesta que den, dependerá que su mediación engendre no sólo admiradores, sino - como es de esperar, - convencidos creyentes en Jesús. Claro es que los cristianos son admiradores de Jesús, pero eso no es suficiente: cristiano es quien confiesa que Jesús es Cristo y Señor y se propone ser fiel e incondicional seguidor suyo. Lo que el profesor de Religión diga de Jesús, la imagen que de El proyecte es, sin duda, un signo revelador de lo que está viviendo y de lo que lo mueve o motiva a ser un educador coherente con la fe que anuncia en la escuela. Su testimonio adquiere, entonces, un valor inestimable y paradigmático en la experiencia religiosa del alumno, pues éste percibe que lo que el maestro le enseña no son sólo hermosas palabras, sino la experiencia que ha transformado y dado sentido a la propia vida de hombre o de mujer adulta.

También la capacidad de conducir a la experiencia de Dios brota y es transparencia de rica interioridad, hecha servicio de inestimable valor educativo. En nuestro mundo secularizado, se multiplican los jóvenes que, hoy, buscan experiencias de trascendencia y de espiritualidad. Surge, entonces, la necesidad de acompañarlos y de conducirlos para que esas experiencias puedan ser auténticas, cimiento de una vida que se pregunta por el proyecto de Dios sobre la propia persona y el mundo. Junto con otros educadores, Uds. tienen la delicada tarea de ser los mediadores y mistagogos que los jóvenes necesitan para crecer en su experiencia de fe y para proyectarla en la construcción de un mundo nuevo.

Caminen con esperanza: el Señor los precede y acompaña.

Conclusión

Antes de terminar, permítanme hacer un agradecido recuerdo del P. Bruno Rychlowski, sdb. El programa que hoy madura en esta nueva cosecha se debe, en gran parte, a su iniciativa y a su "porfiada" tenacidad.

Un gracias y muchas felicitaciones a la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, a su Facultad de Filosofía y Educación y al Departamento de Religión, a las Autoridades Académicas y a los Profesores por este servicio destinado a optimizar la misión educativa.

A todos Uds., mis mejores deseos.

Sean educadores de mujeres y hombres nuevos, que aprenden el arte de vivir, construyendo solidaridad y paz, abriendo el corazón a la esperanza y rompiendo las barreras del individualismo y de la competitividad estrecha.

Sean educadores que se miden diariamente con el único Maestro, “que tiene palabras de vida”. Sean educadores fuertes y bondadosos, dialogantes y comprensivos, transparentes de Dios y de su amistad.

Que muchos jóvenes tengan la suerte de encontrar en ustedes la verdad que Ignace Lepp expresó en uno de sus escritos: “Entre maestro y discípulo existe siempre un cierto parentesco espiritual. Encontrar a un maestro que quiera convertirse en amigo es una gran suerte en la vida”.

Muchas gracias.